

AGENDA CIUDADANA

ESTADOS UNIDOS, LAS NACIONES UNIDAS Y NOSOTROS

Lorenzo Meyer

La Reticencia Histórica al Compromiso o Más Vale Solo que Mal Acompañado.-

Desde que se incubó el segundo gran conflicto entre Estados Unidos e Irak, ese que culminó en abril de este año con la ocupación de ese país por los ejércitos norteamericano y el de su aliado inglés, el gobierno de Washington decidió entablar un combate en varios frentes con dos adversarios muy distintos. El choque con su enemigo abierto, Saddam Hussein, fue militar y tuvo como objetivo poner fin al régimen del partido Baath, pero hubo otro choque, puramente político e incruento y que aún no concluye, y que fue con Naciones Unidas (ONU). Este último tuvo como meta derrotar la pretensión de someter la política de la hiperpotencia norteamericana a las reglas del juego del organismo mundial.

No por incruento el choque de Washington con la ONU ha sido menos estridente y aparatoso que aquel que aquel que acaba de concluir en las riveras del Tigris y el Éufrates, y sus consecuencias de largo plazo pudieran ser tan importantes como las derivadas de aquel. Estados Unidos ya derrotó de manera absoluta a Hussein y pareciera ir ganado su conflicto con la ONU. Ahora bien, el perdedor en este último caso, pudieran ser nada menos que grueso de los miembros de la ONU, entre los que, obviamente, está México.

El Principio.- Desde su origen, Estados Unidos se mostró renuente a involucrarse y someterse a la lógica de las alianzas y acuerdos políticos formales con otros países, en particular con las potencias europeas. Su primer presidente, el general George Washington, al dejar el puesto y despedirse de sus conciudadanos, les advirtió del peligro que correría la nueva nación si se involucraba en el juego de alianzas y contra alianzas que tanto gustaba a la “vieja Europa”. Para los optimistas dirigentes norteamericanos del siglo XIX, los océanos

Atlántico y Pacífico eran estupendas barreras acuáticas de protección. La mar de por medio, combinada con los recursos de un enorme territorio logrado tras adquirir la Luisiana, las Floridas y el Oregón y arrancarle a México la zona comprendida entre Texas y California, le permitieron a Estados Unidos recibir y asimilar a millones de inmigrantes europeos, desarrollar su economía y vivir en un “espléndido aislamiento”.

La estrategia anterior funcionó muy bien hasta que la evolución de la I Guerra Mundial (1914-1918) abrió la posibilidad de un triunfo alemán total y la consecuente destrucción del equilibrio del poder que Gran Bretaña había construido y preservado a lo largo del siglo XIX. Una victoria incondicional de Alemania sobre Francia, Inglaterra y Rusia, habría significado el fin del restablecimiento de un nuevo balance del poder mundial y el inicio del dominio de Europa, e indirectamente de África y Asia, por un solo país. Un escenario así, habría hecho inevitable que tarde o temprano Estados Unidos se hubiera enfrentado en condiciones cada vez más desventajosas a la nueva potencia hegemónica. Por eso, y en contra de la opinión inicial de una buena parte de sus conciudadanos, el presidente Woodrow Wilson buscó el momento adecuado para intervenir en esa gran guerra al lado de una Francia e Inglaterra ya agotadas y evitar así un triunfo del káiser alemán. La ganancia norteamericana fue redonda; al inclinar en el último momento la balanza de la guerra gracias a una fuerza expedicionaria de cuatro millones de hombres –las tropas norteamericanas entraron en combate en octubre de 1917 y la guerra concluyó en noviembre de 1918— Estados Unidos pagó una cuota de sangre modesta pero quedó en las condiciones ideales para dictarle a la destruida y desangrada Europa los términos de la Paz de Versalles: los famosos “Catorce Puntos” del presidente Wilson.

Uno de esos puntos, justamente el decimocuarto, fue la creación del antecedente de la ONU: la Sociedad de Naciones (SDN). Se trataba de dar a la gran contienda que acaba de

concluir un contenido moral, y para ello había que tratar de convertirla en “la guerra que acabara con todas las guerras”. Sin embargo, el intento de someter la soberanía de las potencias, incluido Estados Unidos, y al resto de la comunidad internacional a un conjunto de reglas que garantizara la seguridad colectiva, fracasó precisamente porque en el último momento el congreso norteamericano se negó a ratificar el documento que creaba la SDN. En efecto, el gran proyecto del presidente Wilson para institucionalizar un nuevo orden mundial basado en el equilibrio pactado –todos para uno, uno para todos--, fue derrotado en 1919 en el Capitolio de Washington por los herederos de la tradición aislacionista. Los senadores americanos simplemente consideraron que eran pocas las posibilidades de que su país volviera a ser amenazado y que, en caso de serlo, podía hacer frente al peligro por sí solo o mediante alianzas *ad hoc*, creadas sobre la marcha sin tener que pagar el costo de la consulta y el compromiso permanente con otros.

Unos Estados Unidos muy conservadores, dirigidos por los republicanos, se dedicaron a disfrutar la bonanza de los “alegres años veinte”, sin preocuparse del deterioro del sistema de seguridad internacional. Todo empezó a cambiar cuando Estados Unidos se toparon con la Gran Depresión y luego con la agresividad revanchista alemana y el expansionismo imperialista japonés. De todas maneras, dejaron morir sola a la República Española y sólo le declararon la guerra al Eje cuando ocurrió el ataque a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, aunque para entonces ya hacían “préstamos y arriendos” a una Inglaterra en terribles apuros.

Al concluir la II Guerra Mundial, Estados Unidos ya no pudo volver a su tradicional aislacionismo, y montado sobre el espíritu de Wilson, el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, apoyó en la Conferencia de Dumbarton Oaks en Washington, D.C., en 1944, la idea de una organización mundial permanente inspirada en

la SDN –la ONU-- como la mejor manera de impedir el estallido de una tercera guerra mundial en la segunda mitad del siglo XX. Esta vez el peso de la experiencia impidió que el aislacionismo tradicional volviera a triunfar, pero no desapareció, simplemente permaneció latente y hoy ha vuelto a resurgir, aunque adecuado a las nuevas realidades.

La Guerra Fría.- Con el surgimiento en 1947 de la “Guerra Fría”, la ONU y sus sistema de seguridad colectiva pasaron a un segundo plano. Es verdad que la guerra de Corea se hizo bajo la bandera de la ONU, pero el “equilibrio del terror” que iba a dominar por 42 años –el equilibrio logrado gracias a la paridad atómica de la URSS y Estados Unidos— tuvo muy poco que ver con la dinámica de la organización mundial y más con alianzas militares que se equilibraron mutuamente, como la OTAN y el Pacto de Varsovia. En cualquier caso, ninguno de los bloques antagónicos abandonaron a la ONU y sí emplearon a su Asamblea General y a su Consejo de Seguridad como foros para discutir e incluso negociar y resolver asuntos secundarios. Los “cascos azules” sirvieron para mantener el orden en las zonas inestables del ancho mundo periférico que las dos superpotencias querían mantener fuera de su confrontación directa.

México.- Nuestro país no fue invitado desde el inicio a pertenecer a la SDN. Esa marginación fue un castigo por su conducta poco ortodoxa –nacionalista-- durante los años de la Revolución Mexicana y por su neutralidad durante la I Guerra. Sólo en 1931 nuestro país fue aceptado en el seno de una SDN que pronto entraría en una crisis terminal. Con la ONU la situación fue muy diferente, desde el primer momento México –un aliado de Estados Unidos en la II Guerra-- estuvo presente en el organismo y decidió darle una gran importancia, pues como país débil vio en ese máximo foro multilateral, una de las arenas donde encontrar apoyos y diluir la confrontación bilateral con Estados Unidos,

especialmente porque en el organismo hemisférico, la OEA, México enfrentó siempre a una mayoría subordinada a los dictados norteamericanos y a la lógica de su anticomunismo.

Debido a que en la ONU el Consejo de Seguridad (CS) se convirtió en la arena privilegiada de la disputa Este-Oeste, y donde la lógica de los argumentos de sus miembros permanentes se subordinó casi desde el inicio a la de la Guerra Fría, México, después de una primera experiencia, evitó quedar atrapado entre las patas de los caballos y prefirió, prudente, moverse en la Asamblea General y los organismos especializados. Fueron razones más de personalidades que de interés nacional las que llevaron dos veces más a nuestro país al CS y la experiencia de la última, la actual, le retorna su valor a la prudencia tradicional: un país débil puede perder mucho y ganar poco al meterse de lleno en el centro de la gran política del poder internacional.

La Nueva Etapa.- Ya sin los límites que le imponía a Estados Unidos la presencia de la URSS, la vieja lógica de la posición norteamericana, volvió por sus fueros. Para Estados Unidos, sin la presencia de una potencia o grupo de potencias que signifiquen una amenaza militar, su pertenencia y subordinación a las reglas de una organización política mundial, pierde mucho de su sentido práctico. Hoy, como en el siglo XIX o como en los años veinte del siglo pasado, el liderazgo conservador --¿reaccionario?— de Estados Unidos muestra un abierto desdén por esa agrupación de países sin poder o en el mejor caso, semi poderosos, que buscan en el número la fuerza y seguridad que no pueden tener individualmente. Es el desdén y sentido de superioridad natural en quien siempre ha logrado la seguridad por sí mismo y considera que puede continuar por la misma ruta.

Desde la perspectiva norteamericana actual, la superioridad de su poder está complementada --¿justificada?-- con una supuesta superioridad moral que le sirve para sostener su negativa a consentir que desde la ONU se intente decirles que puede y que no

puede hacer con su fuerza. Así, por ejemplo, para Washington el hecho que dentro de Naciones Unidas Cuba no haya sido abiertamente condenada por sus violaciones a los derechos humanos o que en el organismo encargado de la vigilancia de esos derechos esté Libia, son otros tantos indicadores de profundas fallas éticas de ese organismo mundial. Para Washington que en CS de la ONU se pretendiera supeditar su determinación de acabar con Saddam Hussein –personificación del mal, según el gobierno de George Bush— a que realmente se encontraran las armas de destrucción masiva que se dijo que el gobierno de Bagdad tenía, era inaceptable. Para los dirigentes norteamericanos, la exigencia de la ONU de cumplir con las formas fue echada a un lado por considerarse que era un mero pretexto para no hacer nada. De ahí su consideración del organismo como irrelevante.

Tras la rotunda victoria norteamericana en Irak, Washington desea que hoy la ONU renuncie lo más rápido posible al control que en el pasado se le dio sobre las exportaciones del petróleo de Irak. Para el vencedor los despojos, el petróleo de Irak debe ser para quien lo controla, es decir, para Estados Unidos y algo para sus aliados de esta ocasión: Inglaterra y luego el resto. Los vencedores también reclaman para sí el derecho de gobernar directamente a Irak por el tiempo que sea menester y sólo admitir a la ONU –la representante de la comunidad mundial— como un mero actor secundario, al que se tolerará para cubrir las apariencias y ocultar un poco la crudeza de la nueva realidad: Estados Unidos por sí y ante sí va a juzgar a los países que considere que representan un obstáculo en su empeño de remodelar unilateralmente el sistema mundial. Una vez hecho el juicio, Washington procederá según le convenga a aplicar su sentencia –ser juez y parte es el gran privilegio del imperio—; con Irak o los palestinos tomará una actitud, y otra con países realmente poseedores de armas de destrucción masiva, como es el caso de Corea del Norte. Si la ONU no se aviene a esa situación, será ignorada.

Para México no hay otro camino hoy que apoyar y apoyarse en la ONU, pero teniendo plena conciencia que ese organismo, y por tanto sus miembros -México entre ellos- acaba de sufrir una gran pérdida de poder a manos del unilateralismo norteamericano.